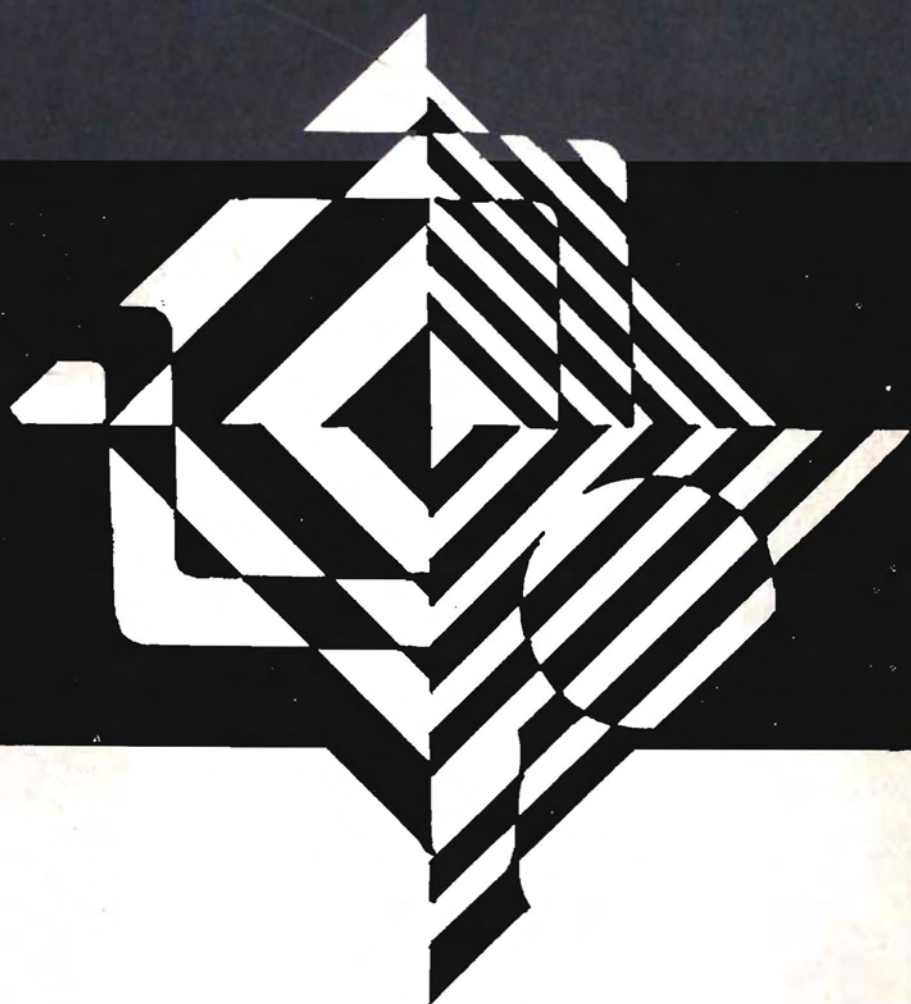


revista

biblioteca nacional



11 montevideo



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

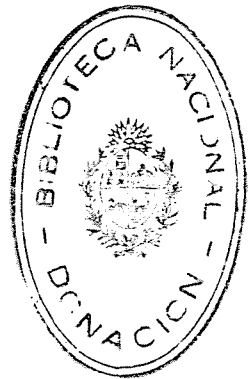
Secretario de Estado:

Dr. Daniel Darracq

BIBLIOTECA NACIONAL

Director General:

Prof. Adolfo Silva Delgado



Carátula: Marta Restuccia

Cuidado de la Edición: Alicia Casas de Barrán

Edición financiada por la Dirección de Difusión
del Ministerio de Educación y cultura

**REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL**

**REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL**

Nº 11

MONTEVIDEO

OCTUBRE 1975

Año de la Orientalidad

FLORENCIO SANCHEZ

APORTES Y ENMIENDAS A SU BIOGRAFIA

Perspectiva previa: el teatro de Sánchez

Producir varias obras maestras; crear o promover, por histórica añadidura, el teatro de dos pueblos; y hacer posible, con una tragedia de color y decir vernáculos, que las letras hispanoamericanas incorporasen un título a la dramática universal, fue la triple hazaña de Florencio Sánchez.

Desde su revelación, aunque haya habido un Herrerita o un Bellán, entre nosotros, y, allende el río, un Payró o un Laferrère, nadie ha podido igualarlo ni aproximársele siquiera. Y no sólo resulta en la escena platense la figura fundacional y fundamental, sino la mayor, en el género, de toda nuestra América. Sostenía Diez Canedo que, para encontrarle parangón dentro del Nuevo Mundo, era preciso llegar a O'Neill.

Vivo, monopolizó el favor del público. Hoy, a muchos años de su tránsito, el público sigue aplaudiéndolo sin regatear fervores. Aunque sario teatro nuevo, reconocimientos y reservas.

la crítica aparece, a propósito de él y con la expectativa de un nece-

De cualquier modo —no es una paradoja— su nombradía sin pausa lo ha dañado. Por eso, volver a él después de un corto y salubre olvido, contribuye a verificar su enérgica vigencia; su asombroso talento escénico, en que se abrazan una fértil inventiva y una prodigiosa aptitud para dar el hueso de la realidad corriente; su intuición impar de las criaturas cotidianas, rústicas o civiles; su incomparable potestad para el diálogo que ni en lo babélico se apaga; su vena humorística, legítimamente popular; su solvente visión del mundo, trágica o sombría; sus frescas reservas de verdad y sentimiento.

Desde luego, también se verifican en él frustraciones o límites, que suelen manifestarse como reversos de aquellas virtudes o se acompañan inesperadamente de valores compensatorios. Sánchez, que redujo su labor a una veintena de títulos resueltos en unos cuarenta actos de restricta magnitud, zozobra en tres o cuatro piezas, y en algunos lapsos de otras, mortales (como el segundo acto de *M'hijo el Doctor*). Pareció expiar con la penuria de la fantasía el privilegio de insertarnos en la naturaleza. Quizá por su formación positivista, fue ajeno a todo escalofrío metafísico o a las mágicas exigencias del trasmundo: aunque una exuberancia de alma o una latente angustia vital hagan en su teatro, al hombre común, titular de un misterio que lleva y no percibe (pienso,

por lo pronto, en D. Zoilo y en Moneda Falsa). Quiso fundir, con su profunda vocación de dramaturgo, superficiales aficiones de ideólogo: dando paso a tesis menos seductoras que indigentes, si admisibles como conatos especulativos, inadecuadas, gravosas o irritantes en el orden escénico. Ambicionó, en ocasiones, sobreponer a la lengua coloquial, en él de eficacia admirable, una lengua literaria —o seudoliteraria— que le resultó a menudo engolada y retórica. A veces, todavía, ni en aquella lengua ni en ésta logra evitar algunos lances declamatorios, con hitos o muletillas fatales: por ejemplo, ese yambo pegajoso, podre verbal y materia cansina de frecuentes redobles: "Señor, Señor!". Así, a los valores inamovibles se suman en Sánchez claudicaciones de súbito equilibradas y que no ocultan en el escorial lo abundante del oro. Porque el suyo, con esto y aquello, es teatro para siempre.

Otra perspectiva de Sánchez: su carácter

Volveré a lo que antecede en próxima nota sobre la obra máxima: **Barranca abajo**. En este momento juzgo hacedero exponer ciertas ausencias y excrecencias ya crónicas en las biografías de Sánchez. Sobre todo hoy, cuando conmemoramos su estreno planetario, en un primer alto secular.

Si se piensa, entonces, en los cien años de su nacimiento —ocurrido el 17 de enero de 1875— sorprende o impresiona que puedan computarse ya sesenta y cinco de su muerte, acaecida, en ardua soledad extranjera, el 7 de noviembre de 1910. Y, de modo análogo, impresiona o sorprende la coincidencia cronológica, cuanto al advenimiento y al cese precoz de cada uno, entre Florencio y otro montevidiano genial: Julio Herrera y Reissig, su amigo, quien vio la luz hace un siglo igualmente, bajo el signo de Capricornio, si bien con ocho días de procedencia, el 9 de enero; y expiró el mismo año de 1910, con una antelación de casi ocho meses, en la bloqueada soledad del terruño, el 18 de marzo. Sánchez murió de los pulmones. Julio del corazón. Ambos "nel mezzo del cammin". Cabe insistir: en los mismos años extremos.

No pienso, como ya lo sugerí, encarar la biografía de Sánchez en sus líneas matrices. Ya lo hicieron, en general con cuidado, Roberto F. Giusti ("F. S. Su vida y su obra", Bs. As., Justicia, 1920). Fernando García Esteban ("Vida de F. S.", Santiago, Ercilla, 1939; 2ª ed.: Montevideo, Alfa, 1970); Julio Imbert ("F. S. Vida y creación", Br. As., Schapire, 1954); Jorge Cruz ("Genio y figura de F. S.", Bs. As., Eudeba, 1966) y Jorge Lafforgue ("F. S.", Bs. As., Cedral, 1967). Podría citarse aún a otros, autores de incontables escrituras, dispersas en hojas volantes casi todas, y casi todas perecederas. Dejo a un lado, en este aparte mínimo, ensayos o trabajos que se destinaron exclusivamente a la obra de Sánchez.

Por lo que me toca, repito, sólo procederé ahora a los datos anunciados, tributo posible de futuras biografías.

Parece oportuno encabezarlos con referencias al propio Florencio. Fue calumniado en bronce por Riganelli. No en balde Da. Jovita, Alberto Sánchez y los amigos íntimos recusaron la estatua lacrimógena. Y, según entiendo (véase "La Razón", Bs. As., agosto 21 de 1927), sin considerar desemejanzas físicas, en arte siempre inanes, sino aludiendo a tonos de alma desvirtuados radicalmente por el escultor. En efecto: Sánchez no fue un infeliz con hambre, frío y genio, un bohemio trastabillante, un becqueriano huésped de las nieblas, un tuberculoso elegíaco. Sólo en Europa descubrió del todo su enfermedad que, en 1907, ya declarada, habían preferido enmascarársela como cardiopatía.¹ Y la pregonó con trágico desconsuelo, pero sin pavor. Recuérdese la impresionante carta a Julián Nogueira, fechada en Génova el 20 de octubre de 1909. Si diez días antes Florencio le había escrito: "Las Palmas - En viaje hacia la celebridad", ahora le comunica, sin perder el sentido del humor: "La gran desgracia nacional; estoy enfermo (...). Cada vez que espanto sangre, se me llenan los ojos de lágrimas. Este viaje a la celebridad [reanuda la humorada y la dirime] que me puede resultar un viaje a la tuberculosis! (...). Releo estas líneas [termina] y las encuentro muy Espronceda". Así hasta en la más ardua instancia, fue fiel a su carácter. Lo poseyó siempre, a diferencia de su pobre Lisandro. Sólo con un temple excepcional se pudieron escribir y firmar las "Cartas de un flojo", en inevitable impacto con una maciza comunión humana, que apretaba dientes y puños en los desbordes de un patriotismo visceral. Consciente de su valor y su destino, Sánchez era hombre afirmativo y seguro, dotado de carisma; noble y absorbente, campechano y reidor; difícil y reservado. El grande y generoso Roberto Payró confesaba que nunca pudo ser "muy amigo" del oriental. "Mi amistad con él no fue todo lo íntima que yo hubiera deseado. Era tan raro, tan extraño!", agrega (en "Crítica", Bs. As., 7/XI/925). Y Rodolfo González Pacheco, dramaturgo y publicista, más que en un frecuentado libro ("Un proletario/ F. S...", Bs. As., Teatro del Pueblo, 1935), en un reportaje esclarecedor (también hecho por "Crítica", Bs. As., 17/I/49), si bien confirma su devoción y cariño por Florencio, se sincera quebrando mitos: "Era un hombre altivo, a quien temíamos por su agresividad". Y aun confiesa, no sin intrepidez, preludiando la frase final con estupendo adverbio: "Nos despreciaba a todos. A su juicio no había aquí más autor que él. Naturalmente, tenía razón".

Las anunciadas puntualizaciones

Las desenvolveré aislando a cada una con un número y un título previos.

1 — Conforme a especie de García Velloso, novelesca pero verosímil, ya Florencio habría verificado aquí su enfermedad.

I — Un hermano desconocido.

Esta es la única precisión extraña —por lo menos en apariencia— a la creación viva.

D. Olegario Sánchez y Da. Jovita Musante, su esposa, fueron una pareja prolífica. Giusti y García Esteban les atribuyen once hijos, que no enumeran; Imbert, doce, que determina: Florencio —el primogénito—, Ubaldo, Alberto, Elvira, [María] Jovita, Celia, Ricardo, Carlos María, Raúl, María Mercedes, José y Vito —éste “muerto (...) pocos después de nacer”. Dos, Alberto —apodado **Gurí** por su hermano mayor—, y Ricardo, fueron también autores. Ahora bien, si no hay yerros en la nómina precedente, debe registrarse en la misma una omisión y afirmarse que D. Olegario y Da. Jovita llegaron a tener trece hijos, por lo menos: pues cabe documentar la existencia de otro vástago, Elbio, muerto a los quince meses, en Minas, el domingo 10 de enero de 1892, como lo informa dos días después, el martes 12, un órgano de aquella ciudad. “La Voz del Pueblo”, en que Florencio, a punto de alcanzar entonces los diecisiete años, hizo las primeras armas y seguía blandiéndolas desde seis meses antes, cautelado saludablemente en un seudónimo.

II — El intergiversable protoseudónimo: Jack.

Si, Jack. El monosílabo sirvió a Sánchez para el cómodo ejercicio de la sátira en el invocado periódico minuano, “La Voz del Pueblo”: desde julio de 1891 hasta enero —inclusive— de 1892. Durante ese estrecho espacio estuvo tres meses —los últimos, exactamente, de 1891— sin dar señales de vida, pues seguramente sus sátiras, realizadas —pese a pifias o torpezas del aprendizaje —por una ironía de notable sazón en un muchacho de su edad, tuvieron que escocer a los burlados y incitarlos a la búsqueda tenaz del burlador. Blancos predilectos del adolescente incógnito —no satánico, sino tabánico— eran figuras o figurones de la Junta Económico-Administrativa, en la que el propio Sánchez trabajaba como escribiente desde 1890, amén de otros individuos, ligados a la policía, a la política de campanario y al periodismo lugareño.

Las sátiras, que no eran tóxicas ni malignas, sino picantes y risueñas —quien más se divertía con ellas era sin duda el propio autor—, fueron en total diecinueve si se distribuyen por números del periódico. Hubo ocho trabajos de rotulata común, sólo simple la primera vez: “Crrik... Crrik!”. Hubo otro, consistente en la más lejana tentativa teatral de Florencio (aunque elementalísima e inconclusa, recogida en su selección por Jorge Cruz): “Los Soplados” —drama jocoserio mímico cómico burlesco en un prólogo, un acto y un epílogo—, cuyas dos primeras partes —jamás salió la tercera— se ventilaron el 13 y el 15/VIII. Los diez trabajos restantes importaron improvisados devaneos humorísticos, entre ellos, “Actualidad”, del 10/X/91, que empieza con una cita de Larra [tomada

a "La Fonda Nueva": "—¿Qué se hace por la tarde en Madrid? —Dormir la siesta. —¿Y el que no duerme, qué hace? —Estar despierto, nada más". Dichas palabras eran usadas como arranque de una breve glosa sobre la aburrida soledad de Minas, entonces. Lo mismo dirá Florencio, de Mercedes, siete años después: en 1898. Y lo mismo aún, de la propia Minas, Herrera y Reissig, en 1904, cuando le contó a Julieta que allá, más de una vez, sintió ganas de sacar el colchón y llevarlo hasta la desierta plaza pública para dormir una siesta al pie del monumento a Lavalleja).

Ya se han dado en algunas biografías —sin las anteriores especificaciones— las fechas de aquellos trabajos, pero con una omisión y dos yerros. Es hacedero reverlas con exactitud. Dieciséis salieron en 1891, a saber: ocho en julio —el 4, el 7, el 9, el 11, el 16, el 18, el 25, el 30—, cinco en agosto —el 1, el 6, el 13, el 15, el 22—; tres en setiembre —el 3, el 10, el 12—. Por fin, después de un trimestre y pico sin nada, hubo tres últimas sátiras en enero de 1892 —el 21, el 26, el 30—. Esos textos se alternaron con sueltos afines de la Redacción. Unos, acerca de Jack, para mentar con encomio sus colaboraciones o mentir con estratégico efecto sobre incumplidos viajes —a la Capital e incluso a Chascomús, v. gr.—. Otros, acerca de Florencio, directamente, sin vincularlo —claro— con el quemante seudónimo, para informar de su éxito como actor en una comedia de Bretón de los Herreros, y como intérprete de "El Dolor", grandilocuo poema juvenil de Juan Zorrilla (perteneciente a "Notas de un Himno"), que pudo significar una postrera profesión de fe en quien lo recitaba: "Despojos del dolor, hijos del mundo; ¡Llorad con la esperanza del cristiano!".

Ahora, una palabra decisiva sobre el protoseudónimo. Es monosílabo, Jack, en las trece sátiras finales. En las cuatro primeras tenía cauda o aviso: "Jack (sin destripador)"; en la quinta: "El mismo Jack"; y, en la sexta: "Jack (sin destripador)", de nuevo, pero con la preposición en negrita. Vaya ahora una advertencia: Florencio, al orear su cuarta sátira ("Crik... Crik!", del 11/VII), aparentando remordimiento por sus estragos periodísticos, creyó oportuno mostrarse contrito: "Yo, de Jack (sin destripador), me estoy convirtiendo en Jack the ripper...". Eso (como se ve) no pasaba de broma. Sin embargo, la mera salida hizo perder la brújula a varios biógrafos. Desde Federico Mertens, que adelantó un artículo válido no obstante como fuente primaria —en "Fray Mocho", el 7/XI/913— hasta Giusti, V. Martínez Cuitiño y, aún con otros, Julio Imbert, el protoseudónimo sufrió siniestra metamorfosis.

III — Un seudónimo apócrifo: Jack the Ripper.

Sí. Varios estudiosos creyeron o sentaron de hecho, y Julio Imbert como nadie, que Sánchez, además de prohijar tempranamente el scudó-

nimo del especializado asesino inglés —**Jack the Ripper**—, se aplicó durante años a la explotación literaria del truculente lema. Poco hubiera importado la pifia de los biógrafos si la misma no hubiese contaminado al cabo la propia bibliografía del autor. Imbert, en efecto, incorporó a su ya invocado libro, después de insistentes e inconsistentes aseveraciones en el texto, un "Apéndice" (págs. 307 a 320), seguido de un subtítulo inexplorable, "Páginas de Florencio Sánchez", suma de seis artículos, uno, de pocas líneas, auténtico (suscrito por el uruguayo como **Luciano Stein**; pero cinco ajenos que llevan al calce, con la indicación de la fuente usada, el seudónimo avieso: **Jock the Ripper**.

Sánchez —lo reitero— jamás firmó de esa manera. Y cuesta creer que la tesis **ripperista** haya cundido sin otro fundamento que la broma de un muchacho (Florencio en 1891), diáfana y sin complejidades, por añadidura.

Sin embargo (ay me), habrá que documentar el yerro para concluir con el infundio. Entre 1899 y 1903, tuvieron boga en el Plata las crónicas de un **Jack the Ripper**. "La Alborada", de Montevideo, importó durante aquellos años páginas del ignorado periodista, reproducidas luego en "El Sol" y "Caras y Caretas" de Bs. As. Leí, para desvanecer dudas, hasta cuarenta de las aludidas crónicas. Sé que el estilo no es instrumento suficiente para distinguir a dos escritores. Pero el referido **Jack the Ripper**, periodista muy siglo XIX, pagado de purismo y con el humor a la española de aquellos días cuanto a la burla calculada o previsible, con frecuencia cargante, gastaba una **lengua literaria** celosamente castiza, mientras Sánchez, como periodista, se valía de la **lengua coloquial** —en que descollaba, según lo ilustra su mejor teatro—, a favor de la espontaneidad y la llaneza. Además, no es difícil observar que **Jack the Ripper** era hombre de otras latitudes y peculiaridades. Lo acreditan sus giros, sus modismos, su vocabulario, la ausencia del **vos**, el abuso de latines, sus temas, sus alusiones, hasta su onomástica (Simplicio, Cosme, Cástulo, Restituta...). ¿Qué quién era el personaje? Pues un borrajeador del Pacífico; un ecuatoriano, inequívocadamente; un cronista guayaquileño, en definitiva. Sus páginas, que circularon en varios países, fueron a veces **aclimatadas** por alguno de sus comedidos compiladores —en Chile, por lo pronto, si el hombre no residió allí—. Pero su medio y su ciudad natal son —es lógico— objeto de menciones constantes. Así (recurso a la colección de "La Alborada"), dice en "La cabeza del negro" cómo "llegó a Guayaquil una barca danesa" (15/IV/900); en "Oros son triunfos" ofrece el diálogo de un negro y una señora blanca en jerga oblicua: "—Adió, mi branca, jermosura de mi arma, niña de misojos...", etc. (2/XII/900); en otro de sus "Rayos catódicos", habla del Dr. [Numa Pompilio] Llona", también guayaquileño (27/IV/902); en "Abrazos fraternales", evoca el encuentro de los generales ecuatorianos, a su turno presidente de la Nación, "Alfaro y Plaza" (11/V/902); en "Mi pariente" apela a locuciones raras entre nosotros: "estar listo

como un gallo con baba", "lo que se ha de comer el moro que se lo coma el cristiano", "del lobo, un pelo", etc. (20/VII/902); en "Cencerada candilesca" (Sánchez ni en sueños hubiera usufructuado ese título), elogia la defensa que hizo su "buen amigo D. Jaime Puig Verdaguer de los literatos ecuatorianos Llona, Borja, Cardoso, Pallares Arteta, etc.", agredidos por el cubano Bobadilla, y expresa que éste ha criticado de ese modo groseramente a "nuestros mejores poetas" [no los del Plata, por tanto] (8/II/903). No sigo. ¿Para qué? ¿Puede pensarse en un Sánchez a horcajadas sobre el cono sur? En la biografía del uruguayo, pues, Jack the Ripper no pasa de un pseudoseudónimo.

IV — Un vacío biográfico: "El Teléfono", de Mercedes (junio-setiembre de 1848).

Voy a distribuir este apartado, el más significativo por lo que corrige y revela, en apartados más breves, distinguiéndolos con números arábigos.

1 — El hallazgo

Sara y yo —era en los días de la juventud— habíamos concertado la visita a una villa reclusa en un sueño tenaz, más que Brujas la Muerta: Santo Domingo de Soriano. El 14 de octubre de 1944, salimos en auto de Mercedes, por caminos rojos, entre los campos verdecidos. Ibamos con nuestras niñas. Y nos acompañaba un amigo de mi adolescencia, jefe político del departamento por entonces, el Dr. Gaspar Bianchi, quien me dijo, añadiendo interés al viaje, que en la pequeña villa prócer yo podría interrogar a un testigo de Florencio Sánchez durante la desconocida residencia de éste en la ciudad de Mercedes: Lisandro Ibarгойen, en esos momentos comisario del lugar. Así, ya hace treinta años largos, descubrí, en el acontecer personal de Florencio, una hora trascendente, pieza indispensable para armar el proceso de su vida durante el aprendizaje.

Antes de volver a la nuda exposición de los hechos, transcribiré el trozo de una crónica extensa, que escribí en aquellos días. Omito incidencias del viaje. La villa, como indiferente a la pródiga primavera, se apretaba junto al río Negro, cerca del Uruguay, frente a la isla del Vizcaíno, con sus casas de celosas clausuras y sus calles sin nadie, con la placita mínima, con la patética iglesia desierta, que tenía las campanas yacentes, un arbusto florecido en la cúpula, un trágico Cristo de cabellos humanos, en la nave, algunas abejas muertas en la árida pila, y un órgano mudo, cuyo teclado Ulalume despertó. Fuimos, bordeando un cerco de becquerianas campanillas, hasta el muelle desolado, de grises maderos entre juncos. Allí, junto al agua, hablé con Ibarгойen, un hombre afable, a quien una sonrisa humilde multiplicaba en el rostro surcos sexagenarios.

"—¿Ud. conoció a Florencio Sánchez?

—Sí, señor. En 1898, cuando vino a Mercedes para dirigir “El Teléfono”, periódico nacionalista, con un sueldo de cincuenta pesos que le pagaba la Comisión Departamental. El administrador se llamaba José R. Gorostizaga, a quien, por lo genioso, apodaban el Capitán Veneno.

Le pregunto cómo era Sánchez.

—Muy alto, delgado, un poco ‘bocudito’, y con el pelo renegrido y rebelde.

—¿Bebía?

—Mucho, pero por la noche, pues durante el día lo campeaba el Capitán Veneno. Dormía en la imprenta. Hace años, en un remate, fue vendida la cama. Alguien dijo: ¡Si supieran que ésa era la cama de Florencio!...

Le pregunto, en seguida, por la salud de Sánchez.

—Era específico.

—¿Específico? Eso puede explicar por qué más tarde, casado, no tuvo hijos. Se me ocurre.

—Si acaso... Contrajo la enfermedad, como muchísimos otros, durante la guerra del 97...”

Me cuenta aún: “Yo era apenas un muchachito cuando lo conocí”.

Nos despedimos.

Pronto quedó atrás, añejando memorias, Santo Domingo de Soria. Aguardando, como se lee en la vieja lápida de un párroco suyo, enterrado en la iglesia, el día de la resurrección.

° °
°

Ya en Montevideo, recorrí la colección de “El Teléfono” y otros órganos coetáneos. Poco después transferí las cédulas correspondientes al Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios —que me tocó fundar y dirigir—, amén de propalar la novedad en mis cursos y conferencias. Desde 1945⁽¹⁾. Es indispensable que las biografías venideras salven el vacío y los desajustes consiguientes, cronológicos y fácticos. Fijo y resumo, a continuación, lo más importante.

1 — Años más tarde, por su propia cuenta, hizo también el hallazgo Washington Lockhart: en un número de “Asir”, que no he visto, y en “Cuadernos de Mercedes”, N° 3, Set. a Dic. de 1963.

En “La Razón” (Edición de la tarde) —Montevideo, 25/V/98— localicé esta gacetilla: “Parte esta tarde para Mercedes a cargo de la dirección y redacción del importante periódico nacionalista ‘El Teléfono’, nuestro distinguido amigo el joven Florencio Sánchez. Concedores de sus relevantes méritos personales y de sus no comunes facultades intelectuales —por haber formado parte de nuestra redacción durante algún tiempo— no podemos menos que [sic] felicitar al colega mercedario por el valioso elemento que incorpora a su redacción, uno de los jóvenes mejor preparados entre los de su generación para la tarea que se le encomienda. Al despedir a Florencio A. Sánchez de las filas del periodismo montevideano, en el cual hizo tan brillante figura, le deseamos las mayores felicidades en su nuevo puesto, al que dedicará, estamos seguros, todos sus esfuerzos y la brillantez de su valiosa intelectualidad”.

El texto copiado permite o autoriza tres asertos. —**Primero** (es básico): Florencio, a pesar de todos sus biógrafos, no había roto con el tradicionalismo en 1897, pues un año más tarde seguía militando en el Partido Nacionalista y hasta se disponía a dirigir una tribuna política de esa colectividad. —**Segundo**: después de la patriada, lejos de esfumarse o radicarse en la Argentina, como los mismos biógrafos aducen, continuó viviendo aquí: era otra vez redactor de “La Razón”, el diario de Carlos María Ramírez, siempre en calidad de cronista policial, y se desempeñaba acaso —como segundo de Blixen, “Suplente”— en la crónica de teatros, bajo el mote o seudónimo hasta hoy ignorado de “Mochito”, según lo patentiza una carta de “El Teléfono”. —**Tercero**: era, en aquel lapso de mocedad, narrador promisorio, al amparo, de otro seudónimo: Ovidio Paredes, que puso al pie, por ejemplo, de “El Ajeno”, cuento desconocido sacado a luz en “La Razón”, el 20/I/98, o de “La Serenata”, en “El Teléfono”, como se verá. (Narrador, no dramaturgo, se le consideraba todavía en 1899, como lo establece este suelto de “La Razón” —27/II/99—: “Los amigos de nuestro ex compañero de tareas Florencio Sánchez, recibirán con agrado la noticia de que acaba de ser nombrado secretario general de redacción del diario ‘La República’ del Rosario de Santa Fe, que dirige el doctor Lisandro de la Torre. Sánchez se propone editar en breve un libro de cuentos criollos y los que han leído sus producciones en ese género de literatura, esperarán con ansia la aparición del nuevo libro”).

Antes de esa fecha, febrero de 1899, Florencio de seguro no figuró en el Centro Internacional de Estudios Sociales, ni se había iniciado como dramaturgo. Debió de revelarse, ya avanzado el segundo semestre de ese año, en Buenos Aires, con “Los Curdas”, y confirmarse, a fines del mismo 1899, en Montevideo, con “¡Ladrones!, apunte nombrado por Pascual Guaglianone —anarquista y contertulio de Herrera y Reissig— como antecedente de “Canillita”, obra escrita en Rosario (1902) y rehecha aún en Buenos Aires (1904). Pero de esto hablaré más adelante.

3. — Actividades en "El Teléfono" (una ojeada)

Florencio principió sus tareas en Mercedes el 2 de junio de 1898. Como resultaba entonces de práctica, el director de hojas periodísticas en el Interior era un inevitable factótum. Debía escribir lo propio y lo extraño, incluso fabricarse colaboradores o corresponsales. Y abrazar lo pasado, lo actual y lo eterno. O resumir en sí propio todas las especialidades.

En "El Teléfono", desde ese 2 de junio, hubo un escritor solvente. Como sería agobiadora hasta la simple enumeración de lo publicado por el director basten algunas muestras. El primer editorial, "Propósitos", era un modelo de cordura: allí Sánchez, sin perjuicio de pregonar su fe partidaria, predica la ecuanimidad y el equilibrio, atributos de signo infrecuente en el belicoso periodismo de tierra adentro por aquellos años; "El Teléfono", insiste, se sumará a los colegas locales que hagan "propaganda levantada", y se alzarán "contra los últimos baluartes del guarangaje periodístico". En las fechas que siguen toca discretamente la política: recomienda, por lo pronto, la inscripción de los ciudadanos para acrisolar "el respeto a los derechos cívicos" (4/VI). Otra vez, critica las alarmas que el propio gobierno esparce: pues siempre, arguye, "más ha sido el ruido que las nueces, si es que no son puras cáscaras lo que suena" (11/VI). Dejo a un lado otros artículos, por ejemplo "La política en la escuela", en que rompe una lanza por los maestros. Y sólo me detendré en un cuento, en alguna carta, en ciertas crónicas de teatro y en varias Notas Sociales.

El cuento, más arriba indicado, "La Serenata", salió con ese rótulo y el seudónimo de O. [vidio] Paredes, en tres entregas: el 7, el 9 y el 11 de junio. (Se reprodujeron hace unos años —sin el cogollo— las partes primera y última). El texto de 1898 —es tiempo de aclararlo— resultó la forma primitiva de una preciosa obra menor, "Células de San Juan" (1904). Hay diferencias entre ésta y su pauta lejana, desconocida hasta hoy. Así, en lo adjetivo de la trama, en ciertos nombres y en la complejidad de algún carácter. Pues si Adela, en "Cédulas de San Juan", sigue siendo la misma de "La Serenata"; y si Fortunato en lo esencial tampoco varía como personaje de la pieza (que lo sustrae al flaco epílogo del cuento), Hilario Serpa, en cambio, muda radicalmente de señas: si en ambas fábulas es presentado como pobre o pobrísimo, no es en el drama, como lo era en el relato, "ya vejancón", "muy feo" y dos veces viudo, aunque en uno y otro textos, galán desacordado o mozo de amarga plenitud, sea el hombre secreto de la retrecherísima Adela, quien hace pública su pasión cuando sobreviene el sangriento desenlace y es rechazada entonces por el enamorado moribundo. Florencio, pues, al cabo de seis años consumó una renovadora transferencia genérica: y la narración de 1898, sabrosa pero insegura, se convierte en una pujante maravilla dramática. Tal, el ignorado antecedente o autoantece-

dente desentrañable en "Cédulas de San Juan". Y tengo para mí que semejante pieza aún no ha sido valorada del todo: en su perfecta economía escénica, en su auténtica gracia, en su intensidad de trágico soplo último, en el eficiente aunque sumario tratamiento de los caracteres, en la densidad del ambiente, en la lozanía del diálogo.).

Hay una carta de "Mochito" a "Suplente", es decir, de Sánchez a Blixen, efectiva por su inesperada significación autobiográfica (21/VI). Comienza: "Egregio crítico...". Y tiene referencias a las noches del Solís y del Stella, en Montevideo, que certifican la temprana vocación de Florencio por el teatro (ya enhiesta en los días de Minas).

Podrían repasarse las crónicas teatrales de "El Teléfono". Giran en torno de un edificio: el Politeama Colón, ocupado esos días por una buena Compañía Italiana; luego por una Compañía de Zarzuelas, con dos famosas tiples, las Millanes (hermanas menores de Lola, aquella que había inspirado el sabido poema de Rodó un año antes: "De pie sobre la escena, desatada / en ondas la profusa cabellera...").

En suma, esas páginas dejan traslucir el oficio y la experiencia de Sánchez, para quien el mundo de las candilejas era, desde la niñez, cosa propia. Y aún dan aquí y allá, en breves trazos, algunos elementos de una poética viva, firme preuncio de la obra dramática, ya próxima: v. gr., el gusto de la naturalidad, como infalible virtud escénica, y el paralelo disgusto por todo tipo de amaneramiento (18/VI).

4. — Identificación de tres seudónimos: Mochito, Bruno Pajares y Miss Elliot.

En "El Teléfono" hallé tres seudónimos de Sánchez —sin hablar de otros, prescindibles o mínimos—.

Uno es Mochito, nombre confeso que Florencio ya había usado como lema en "La Razón" (recuérdase la carta a Suplente en "El Teléfono") o aceptado entonces como apodo afectuoso —tal vez, sugerido por una rapadura de la mocedad, probablemente durante la guerra civil, o al volver—.

Otro seudónimo es Bruno Pajares, a quien Sánchez bautizó en tales términos quizá para burlarse de sí mismo (así por su tez aindiada como por su casco greñudo) y a quien hace aparecer como espectador que baja una noche del paraíso para convertirse por una vez, a instancias del cronista, en cronista circunstancial, de risueña compostura.

Y el tercero de los seudónimos importantes es Miss Elliot [sic], presunta inglesa de Soriano, divertida y ponderada, entusiasta lectora de Bécquer y de "Los Ojos Verdes", ocurrente y fina (véase, por ejemplo, el diálogo-test de ella con el cronista). Es, conforme al designio de su

creador, la más asidua colaboradora en las Notas Sociales de "El Teléfono". Y Florencio la anima en un comienzo con regularidad para dar combustible a su hoja y satisfacción a sus evidentes inclinaciones preescénicas. Ya podría hacerse el reconocimiento por el estilo y el humor de la dama —los de Florencio en sus páginas de entonces—. Pero el aserto se documenta, sin ambigüedades, gracias a la **concluyente repetición de una cita y de una idea con siete años de intervalo**. Éí. Como Jack en "La Voz del Pueblo" (10/X/91), Miss Elliot, en "El Teléfono" (21/VII/98), menciona tres líneas de Larra [tomadas de "La Fonda Nueva"]. Y si Jack se valió de tal cita para referirse a la aburrida soledad de Minas en 1891, la supuesta dama anglochaná la emplea para aludir al tedio y al vacío de Mercedes en 1898. Con una variante: Miss Elliot propone, a modo de arbitrio, reuniones cotidianas de elegantes muchachas en calculados lugares de la ciudad.

5. — "Una descomunal rechifla" a expensas de Florencio.

La Compañía de Zarzuelas, encabezada por las Millanes, actuaba en el Politeama Colón. Y fue paciente, alguna vez, de vociferaciones y pateos a cargo de los espectadores instalados en el piso de arriba. Florencio, entonces, en una crónica, elogió a los artistas, no sin enderezar a los escandalosos anónimos un exordio tajante: "Señores del paraíso: o más bien dicho, señores de la mayoría de concurrentes a las más alta región de nuestro teatro: son Uds. unos guarangos" (13/VIII). Los destinatarios se enardecieron: durante dos noches consecutivas propinaron a Sánchez en el teatro, y aun en la calle, "una descomunal rechifla", según palabras del mismo Florencio, quien, ante la pasividad policial, respondió con risas, primero, y en seguida con golpes a los más atrevidos, pues nada tenía de "flojo", además de asestar una contundente carta abierta "Al jefe político y de policía", denunciando la actitud de su gente y mostrándose dispuesto, sin alharacas y con varonil firmeza, a poner "un jeroglífico" en el rostro de quienes volviesen a molestarlo (18/VI). El incidente repercutió en Montevideo, "La Razón" vespertina sacó un suelto, el 22: "Florencio Sánchez, inteligentísimo muchacho que fuera compañero nuestro de redacción, se las está viendo amargas en Mercedes. Figurénse Uds. que se ha echado encima al Paraíso!... Y todo por haber censurado en una crónica teatral, que algunos habitantes de la celeste mansión faltaron [sic] a los respetos debidos a un público tan culto como el mercedario, vociferando y pateando a cada momento".

Florencio no volvió a ser provocado.

—Mercedes, me decía Mario Cassinoni —cuyo padre conoció directamente el episodio—, fue el único lugar en que silbaron a Florencio. Pero no por un drama sino por una crónica.

6. — La renuncia y el éxodo (15/IX/898).

La aventura de Mercedes —aún no había corrido un trimestre— se le hace cada vez más onerosa. También Sánchez pugnaba con demonios hostiles, Esos que lo forzaban a beber. O que lo indujeron a un reto zurdo, ya en el umbral de una ideología nueva y con la posible perspectiva de un cambio: véase el artículo del 23/VIII, "Los Conspiradores", suscripto por excepción con una sigla: BAS [segura errata de FAS —Florencio Antonio Sánchez—], probablemente impuesta por sus más irritados correligionarios. Estos debieron de soliviantarse con un texto depresivo para personas de la causa, incluso para jefes célebres, conectados en la frontera con Juan Francisco —esto es, João Francisco, el pulcro asesino riograndense a quien luego dedicará Florencio un admirable ensayo: "El caudillaje criminal en Sud América" (1903)—.

Sea como fuere, las diferencias, en un principio limitadas a las tercas libaciones de Sánchez y a los sordos berrinches del Capitán Veneno, se hacían cada vez más agudas. No sorprende, entonces, que Florencio presentase renuncia el 15 de setiembre, con un pretexto honorablemente trivial, ni que sus ya tibios correligionarios la admitiesen con premura y un estrambote menos cortés que maligno, dándole cabida el 20 en "El Teléfono": "El señor Florencio Sánchez, a cuyo cargo estuvo hasta ahora la dirección y redacción de esta hoja, ha elevado renuncia de ese cargo en los términos que son de verse por la comunicación que a continuación publicamos. / Habiendo sido aceptada la renuncia, la Comisión Nacionalista ha nombrado otra persona para que asuma la dirección de EL TELEFONO en lo sucesivo. / La comunicación del señor Sánchez dice así: 'Mercedes, Setiembre 15 de 1898. / Señor Presidente de la Comisión D. Departamental del Partido Nacional. / Don Antonio Borrás. Señor Presidente: El estado delicado de mi salud me pone en la obligación de presentar renuncia del cargo de Director y Redactor del periódico EL TELEFONO. / Lamentando que esa circunstancia me prive el placer de compartir las tareas políticas con tan dignos correligionarios como los miembros de la comisión que Ud. preside, me es grato saludarlo con mi mayor consideración. Florencio Sánchez'. / Despedimos al señor Sánchez formulando votos por su mejoría".

El 25, "La Alborada" de Montevideo recogió la paginita precedente, es decir, las palabras de los destinatarios —con alguna mudanza— y el texto de Sánchez. Pero, en vez de la aparente gentileza final, puso una noticia aproximada y una cordial salutación: "El joven Sánchez partirá brevemente para Entre Ríos. / Lamentamos el alejamiento del ilustrado colega y formulamos sinceros votos por su mejoría y su retorno a la palestra del periodismo nacional".

Florencio, en cuya vida se perfila un nuevo período, se disponía a cumplir su segunda estada en la Argentina. Como se sabe, la primera se había efectuado varios años antes, cuando Sánchez, a los diecisiete,

en La Plata, logró un puesto de supernumerario en la Oficina de Estadística y Antropometría, desde mediados de 1892 hasta el 1º de enero de 1894; fecha en que cesó la citada oficina y el muchacho debió tornar al país sin tardanza. La revolución de 1897 sirvió de eje a sus ulteriores actividades periodísticas en esta Capital. Y el segundo viaje a la próxima orilla es el que hace después de abandonar "El Teléfono".

Desde Montevideo, entonces, había ido a Mercedes, donde residió casi cuatro meses —sin que el episodio se registrase hasta hoy en su biografía—. Y desde allí, al apuntar la primavera de 1898, partió directamente hacia Rosario de Santa Fe. Tal itinerario —Montevideo, Mercedes, Rosario (Argentina)— tampoco había sido determinado hasta ahora. Más aún. Al margen de los tres asertos previstos, **el paso de Sánchez por Mercedes** desquicia las corrientes especies cronológicas y hasta el encadenamiento de varios sucesos personales. Ya se vio que aún no se había hecho ácrata y continuaba militando como blanco, si bien con paulatino desapego a las ideas recibidas. También se vio, durante su nueva residencia en Montevideo, tras la revolución del 97 y hasta 1899, que era entonces estimado como narrador y desconocido como dramaturgo. Téngase en cuenta, aún, que partió en seguida de Mercedes hacia Rosario de Santa Fe, y que esa primera **etapa rosarina** se iba a prolongar durante un año, hasta 1899. Por eso, cuando se sostiene que Sánchez se afilió al Centro Internacional de Estudios Sociales —de nuestra ciudad— en 1897, se le hace madrugar un bienio como anarquista: pues por lo menos hasta setiembre de 1898 fue blanco y director de un órgano blanco. Y sólo a fines de 1899, como ha de verse, pudo volver a Montevideo e ingresar en el Centro referido.

A fin de que se incorporase a "La República", diario que dirigía Lisandro de la Torre, Sánchez fue llamado desde Rosario, o logró hacerse llamar, por el uruguayo Alfredo Duhau, comediógrafo menor y periodista de nota, que había pertenecido años antes a "La Razón" montevideana, donde pudo conocer a Florencio. Este, que debió de ser convocado o enterarse de la invitación ya en agosto de 1898 —lo que explicaría el carácter de "Los Conspiradores"—, fue en el nuevo órgano, entre 1898 y 1899, de primavera a primavera, redactor, secretario y director sucesivamente. Pude averiguarlo por tres sueltos de "La Razón" vespertina, siempre puntual: transcribí ya el primero, del 22/II/99, que presenta a Florencio como secretario del rotativo rosarino; los otros dos, del 5 y 9/IX siguientes, prueban que Florencio ya era director de "La República" y que estuvo en Montevideo cuatro días para visitar a su madre, momentáneamente enferma.

7. — Presunciones y realidades.

Al promediar la primavera de 1899, aproximadamente, Sánchez se va de Rosario, después de remitir una carta —perdida— a Lisandro

de la Torre. Para instalarse, cuentan sus biógrafos, en Bs. As. Allí tendrá novia, Catita, a quien no pudo conocer antes de aquel año. Allí vive nuevos días de bohemia y, con una legión de amigos, se le ve surto junto a una copa en diversas cantinas, sobre todo en "Los Inmortales" —nombre que él inventó— o en el "Auers" (café ya sin Darío). Allí escribe la que consideró su primera obra teatral, "Los Curdas", según lo que él mismo declarará en Montevideo a un cronista de "El Día" años más tarde, el 17/IV/907, aserción que coincide —no obstante ciertas disimilitudes— con lo expuesto en "Nosotros", Bs. As., I/921, por el poeta Miguel A. Camino, que sitúa aquella obra primigenia en el invocado 1899 y dice haberla puesto él mismo en limpio. A fines de 1899 —éstas son las primeras presunciones incontrastables— debió de volver por un lapso corto a su tierra, a la casa de los suyos, a Montevideo. Entonces —al margen de varios retornos ulteriores— debió de afiliarse al Centro Internacional de Estudios Sociales (antes no pudo hacerlo) y pergeñar allí un segundo conato, "¡Ladrones!", también de 1899, embrión de "Canillita", como se sabe y consta más arriba. (Sólo tiempo después, hacia 1902, debió Florencio de componer asimismo en Montevideo, "Puertas adentro" —con destino al Centro ácrata—, scherza contra la moral de los ricos y en favor del amor libre, diálogo entre dos criadas: una, Pepa, canta "Hijos del pueblo" y trama con la otra, Luisa, una jugada a expensas de los respectivos patrones y patronas, mediante inescrupulosa violación de correspondencia). Pero, como dije hace un instante, Sánchez se había radicado en Buenos Aires. En la ciudad porteña, además de colaborar en un diario, "El País", lo hace en el semanario de Ghiraldo, "El Sol", no sólo con los "Diálogos de actualidad", que publica bajo el seudónimo de Luciano Stein, sino con las tres estupendas "Cartas de un flojo", que firmó directamente y que vieron la luz en 1900: una, el 24 de setiembre; las otras, el 8 y 16 de octubre. Viaja a Montevideo en los últimos días del mismo año (no es posible fijar un número estricto de vueltas) y en el Centro Internacional lee entonces las célebres cartas con que procuró corregir al bravel emboscado en la psicología de sus connacionales.

Desde Bs. As. —y procuro coronar esta ojeada crítica a los años de aprendizaje en su fase postrera— toma rumbo al norte, para vivir su segunda y última etapa rosarina: entre julio de 1941 y octubre de 1902. Allí haría periodismo en "La República" decaída, subiendo de cronista policial a director de nuevo hasta indisponerse, por su propaganda, con el espeso propietario último, un alemán forrado, que se llamaba Schiffner. Allí, meses después, sacó un diario efímero, "La Epoca", con algunos amigos y sin fondos suficientes. Allí, amén de visitar la Casa del Pueblo, estudiaba desbordando simpatía los textos humanos, yendo a los conventillos, hablando con la gente humilde, así con los muchachos vendedores de diarios, que eran sus amigos y de él recibirían, por el nombre de un personaje, bautizo común. Allí desplegó intensas y a veces riesgosas actividades gremiales. Allí,

a la vez, confirmó su vocación genuina: refundió: "Los Curdas", de atmósfera bonaerense, en "La Gente Honesta", de ambiente rosarino, con una inofensiva, marginal y prescindible caricatura de Schiffrer, llamado "chifle" en la ficción, y si la pieza, que debía representarse el 26/VI/902, firmada con el antevisto seudónimo de Luciano Stein, fue a última hora prohibida sin razón por el intendente Lamas, éste no pudo impedir que se divulgase esa misma noche en un boletín de "La Epoca". Allí, asimismo y sobre todo, con la base del embrión primario, F. compuso y estrenó su primera pieza de valores cabales, representada por la Compañía Lloret desde el 1º al 14 de octubre de 1902: "Canillita", que sería luego, en Bs. As. (1904), el segundo estreno y el segundo del autor. "La Gente Honesta", pieza frustrada entonces, tampoco tuvo suerte después. "Los Curdas", en cambio, de obvia flaqueza, fue obra que exhumaría en 1907 con malicia, pero chasqueándose pues el público la aplaudió, "un tal Pepe Podestá (...), muy conocido con el apodo de Pepino el 88 en los circos acrobáticos", según desdeñosas palabras (v. "El Día", 17/IV/907) con que el dramaturgo retribuía la inquina solapada del cómico, quien le había malcomprado el sainete años antes (por cincuenta pesos y con la facultad de darlo o botarlo).

Florencio tenía a su novia en Bs. As. Se carteaba con ella, hizo escapadas para verla y quería casarse en seguida, dispuesto a constituir el hogar en Rosario. Hasta aseguraba —para corroborar sus propósitos nupciales— haberse regenerado por el amor de Catita. (Véase el epistolario, compilado por García Esteban en su "Vida de F. S.>"). Pero salió de Rosario como había llegado: célibe. Y se volvió al sur, apenas desfloradas las representaciones de "Canillita": en octubre de 1902. (Había estado antes en Colonia Aldao —Santa Fe—, donde intuitó "La Gringa" en un rostro de mujer y en la imagen de la tierra pródiga abierta a una nueva progenie).

En el Plata hizo de péndulo entre las dos capitales —según le fue posible—. Luego recaló en Bs. As. Publicó allí su notable ensayo sobre João Francisco, en la revista de Ingenieros —marzo de 1903—. Hasta que una noche, el 13 de agosto, paladeó las primicias de la gloria efectiva y algún destello de la fortuna —fugaz— con el estreno de "M'Hijo el Doctor". Era ya una celebridad flamante cuando regresó por escaso tiempo a Montevideo y visitó la mítica Torre de los Panoramas, inaugurada ese año. Allí, en su emporio de nubes, frente al mar de tenaz caracola, Julio Herrera y Reissig, el rubio huésped, abrazó al huesudo y moreno triunfador de cabellos indóciles, designándolo como el "indio genial".

V — Nueva puntualización: Un Darío que no es Rubén ni Darío.

¿Fueron amigos Rubén Darío y Florencio Sánchez?. Giusti, cuando tropieza con el problema, decide refugiarse en un escueto signo de

interrogación. Imbert peregrina por los cerros de Úbeda. García Esteban, por su parte, lo afirma categóricamente.

Nada, sin embargo, permite mantenerlo. Si hubo entre el poeta y el dramaturgo un encuentro siquiera, no hay noticia, ni documento ni testimonio que lo acredite. Además, la coincidencia únicamente hubiera podido operarse en un par de encogidas ocasiones.

Señalaré, ante todo, las tres estadas del nicaragüense en la Argentina. Como "cónsul general" de Colombia, Darío llegó a Bs. As. según lo demostré hace tiempo (Edelberto Torres haciéndolas suyas citando mis conclusiones en la última edición de su libro sobre el poeta), el 13 de agosto de 1893. Y se fue, rumbo a España, como corresponsal de "La Nación", el 8 de diciembre —no el 3— de 1898. Sólo volvió casi ocho años más tarde, pero por cinco días: en 1906, del 19 al 24 de agosto. Y, transcurridos seis años más, hizo otra visita, la última, por unos dos meses: en 1912, del 7 de agosto al 5 de octubre. (Antes de llegar a Bs. As., había entrado en el Uruguay, por Montevideo, el 28 de junio, y salido, por Paysandú, el citado 7 de agosto). Véanse las dos primeras estadas (puesta a un lado la última, posterior casi en un bienio al deceso de Sánchez). Durante la inicial, no hubo encuentro por lo menos verosímil: pues Florencio —que vivió en La Plata entre sus diecisiete y sus escasos diecinueve años, como lo aduje más arriba—, tornó sin demoras a Montevideo cuando empezaba enero de 1894 y no volvió a la Argentina hasta la primavera de 1898, para instalarse en Rosario, mientras Rubén habitaba en Bs. As., de donde salió hacia Europa el 8 de diciembre inmediato. Queda la segunda estada, con sus estrechos, publicitados cinco días, y, siendo ya célebre el autor de "Barranca abajo", un encuentro suyo con Rubén no hubiera pasado inadvertido.

En Europa, según despachos, artículos y cartas, Sánchez vivió trece meses escasos; entre dos otoños: del 13/X/909 al 7/XI/910. Desembarcó en Génova y expiró en Milán, conforme a esas fechas. Además de dichas ciudades, las más visitadas por él, estuvo —haré ahora las citas por orden geográfico— una vez en Roma y dos en San Remo, fuera de una escapada —feliz— más allá de las fronteras, a Montecarlo y Niza. Darío, por aquel tiempo, con arreglo al calendario que extraje de sus copiosas correspondencias, en octubre de 1909 salió de París, donde residía, y se trasladó a Madrid, donde permaneció desde aquella fecha hasta marzo de 1910; en abril, ya estaba en París, de nuevo; y en setiembre de 1910, desde Saint-Nazaire, a bordo de La Champagne, se embarcó rumbo a México, en visita accidentada —eran los años del dictador Porfirio Díaz—; y de México, donde estuvo unos días, ignorado por el oficialismo y victoriado por la juventud, pasó a Cuba, donde vivió de octubre de 1910 a enero de 1911, fecha en que regresó a Francia. No es inútil, creo, siquiera por ciertos datos nuevos, es-

ta cronología comparada. En suma: no hubo coincidencia tampoco entonces entre el uruguayo y el nicaragüense.

Este hubiera, sin duda, nombrado alguna vez a Florencio, de haberlo conocido. Ya en sus artículos o en frecuentes poemas del instante, como "Versos de año nuevo" (1910), donde mienta a unos cuarenta amigos de la Argentina, entre ellos el uruguayo Vasseur ("Y hubo un esotérico Américo...") (1). Ya en los cuarenta y seis capítulos de la autobiografía (1912) o en la "Posdata" (1914), o en "Cabezas" y en diversas páginas de "Mundial" (1911-14), aunque en tales páginas y en otras dispersas evoque y enaltezca a uruguayos famosos —Rodó, Zorrilla, Herrera, Acevedo Díaz, Delmira, por lo pronto—, junto a otros de más restricta notoriedad —como Roxlo o José Pedro Ramírez—.

El único fundamento de la pregunta a que se vincula este apartado estriba en dos insignificantes borradores truncos del propio Florencio. García Esteban los recoge de "La Razón" (7/XI/921), poniendo un encabezamiento acorde con lo dicho por él en capítulos previos "De Florencio Sánchez a Rubén Darío" (Borrador [es] inconcluso [s]) [1] Mi querido Darío:

Ahora sí que... Gómez. Imagínate que vengo de Monte Carlo, Niza, etc., donde mi pobre espíritu provinciano, virgen de semejantes emociones, ha pagado el obligado tributo.

[2] Mi querido Darío:

Ahora sí que... Gómez. Imagínate que vengo de Niza, Montecarlo, etc., etc., donde mi simple espíritu provinciano ha pagado su obligado tributo de exprimir el portamonedas hasta el último céntimo a cambio de que ¿qué sé yo?

En el fondo del americano más inteligente y reflexivo hay un simple provinciano".

Los borradores —fechados en febrero de 1910, cuando Rubén se hallaba en Madrid— no sugieren la real identidad del destinatario, a quien Florencio tutea. El texto —muy distinto al de una gran carta para Minelli sobre el mismo tema— informa de quebrantos que nadie puede explicarse por qué se enderezarían al lejano poeta nicaragüense hablándole de un desconocido [Lucas] Gómez. No. Ese Darío no es Rubén, sino un amigo tangible y más seguro, así, Darío Nicodemi, que fue compañero de Sánchez durante el viaje y acababa de traducirle al francés "Los derechos de la salud" para Antoine. Sí, repito, ese Da-

(1) Américo Llanos fue el seudónimo juvenil de Vasseur.

río no es Rubén. Pero quizás tampoco ese Darío es Darío sino Devic, el admirable rosarino que acompañó al Sánchez final en hoteles y trenes de equívoco destino, por ciudades extrañas, entre desconocidos indiferentes y de paso, mientras la tos y la sangre esputada consumían al enfermo en el curso de aquella horrible agonía andante.

Vuelvo a mi tesis. La grafía de Florencio aunque gratamente regular, más de una vez originó penosas o perversas confusiones. No era imposible, en efecto, dada la relativa paridad de las cinco letras dispuestas en cada nombre —ninguna, tras la mayúscula común, con rasgos ascendentes o descendentes—, que Devic se transformase para alguno en Darío por imperativo subterráneo. Abundan en otros textos de Florencio lecturas igualmente desafinadas. Véase una, infligida por Roberto Giusti (op. cit., p. 70), y cohonestada por Julio Imbert (op. cit., p. 152), modelo de opipara tergiversación. Consta en el autógrafo de una carta inconclusa a un amigo no identificado, hecha por el dramaturgo a bordo del "Príncipe di Udini" y referente a lo aburrido y desierto del océano durante la travesía. Aquéllos —los biógrafos— creen leer en cierto pasaje: "Y para peor ni tiburones, ni peces raros, ni bagres en la costa..." (subrayo). Es innegable que Florencio no podía haber divisado desde altamar la costa ni visto en ésta —con ojos mágicos— menudos peces fluviales. Deduje la lección verdadera y la confirmé luego con un facsímil casual, que descifré en un libro de González Pacheco (op. cit., p. 36): "...ni buques en la ruta...". Hay cierta diferencia.

Y ya que toco el tema de las erratas, incontables en las ediciones de Sánchez, me referiré sólo a otra, cometida en el primer volumen de una reciente edición —aún limitada a ese tomo—. El comentarista apunta allí —con general acierto— varios de los yerros visibles en ciertas lecciones impresas. Pero, infortunadamente, cree salvar una errata y la comete. Pues se equivoca al enmendar un pasaje en "Los derechos de la salud" (Acto III, esc. 5ª): aquel en que Roberto (con lengua demasiado literaria) apela a una doble imagen, de simbolismo explícito: su fe era un roble, que perdió hojas, brotes, retoños; y la fronda de sus esperanzas "quedó convertida en mísero montón de cosas inertes, de hojas secas, de ramas sin savia...". El intérprete, después de leer —mal— el manuscrito, corrige: "la fronda de mis esperanzas quedó convertida en mí, mero montón...", etc. El original dice lógicamente "mísero": de lo contrario, en vez de la fe y la esperanza de Roberto, este mismo se habría mudado en cosas, hojas, ramas. Según metamorfosis que Ovidio no cantó.

Roberto Ibáñez